



VATIO
A. J. USSIA

**PRÓLOGO DE
RAY LORIGA**

Esta novela retrata la industria musical, la noche, los conciertos, las giras, camerinos y poblados de un Madrid de inicios de siglo XXI que huele a rock, miedo y alto voltaje. El joven protagonista de esta aventura se embarca en un enloquecido viaje a la sombra de su ídolo del rock mientras se busca a sí mismo y descubre a qué sabe el vértigo, el miedo y sobre todo, la pasión: «Comenzaba a tener una sensación salvaje, de inseguridad, de algo que no veía venir. No podía compararse con ningún otro problema de calle, que percibes débilmente, pero que ves aproximarse. En esta ocasión, el miedo llegaba por detrás, sin dejarse ver. Era el miedo, sí».

«“Vatio” consigue trasladar de forma brillante al papel la emoción de lo vivido [...], tiene la esencia de las buenas novelas de tránsito a la madurez, de iniciación, o como dicen los norteamericanos, de pérdida de la inocencia. [...] La superficie, el fondo, los ambientes, los personajes y sus matices, su planteamiento, nudo y desenlace, todo aquello que a la postre hace que un libro viva o muera, está aquí bellamente logrado.» Ray Loriga.

Para Bárbara

Nota del autor:

Este libro narra episodios reales. He decidido utilizar seudónimos para no molestar a quienes se vean implicados en el relato. Tampoco quiero aprovecharme de la memoria de alguien tan especial como para que el mismo libro se vea malinterpretado o utilizado por quienes no sepan distinguir lo que van a conocer a continuación. Espero que lo disfruten y puedan viajar conmigo al voltaje de un Madrid difícil de volver a ver.

Prólogo

Escribe de lo que sepas. Este es el primer consejo que un escritor principiante suele escuchar, ya sea directamente o encontrado en cualquiera de las entrevistas, ensayos o meras reflexiones sobre el oficio literario esparcidas como migas de pan, o pepitas de oro, por cualquiera de sus autores de referencia. No es que sea un método infalible, ni desde luego categórico, pero no suele ser mala guía. Alfonso J. Ussía no es un escritor primerizo, pero viene al caso por que este *Vatio*, que es desde luego y también una gozosa experiencia de potencia sonora, tal y como su título sugiere, consigue trasladar de forma brillante al papel la emoción de lo vivido. Y créanme, esa no es tarea fácil.

No basta que las cosas sean ciertas, o hayan sucedido, para que el lector se embarque en la nave y sienta en sus carnes la experiencia narrada, el viento en las velas, el vértigo de la travesía. Para que esto se produzca hay que acertar en un sinfín de decisiones, cuidar un millón de detalles, dar con el tono, la estructura, recrear algo tan intangible como la atmósfera... en fin, que hay que escribir con todo lo que ello conlleva, con sus dosis bien equilibradas de arrojo y precisión.

Esta novela está construida con cada una de esas decisiones esenciales muy bien tomadas, acertadas, con los tornillos adecuados. La superficie, el fondo, los ambientes, los personajes y sus matices, su planteamiento, nudo y desenlace, todo aquello que a la postre hace que un libro viva o muera, está aquí bellamente logrado. Y la voz, ese

misterioso elemento que lo tiñe todo cuando está bien conseguido, es la adecuada, hasta tal punto que uno pensaría, al cerrar el libro, que era la única posible.

En la aventura de ese chico, apenas adolescente que se embarca en un enloquecido viaje a la sombra de su ídolo del rock mientras se busca a sí mismo, está la esencia de las buenas novelas de tránsito a la madurez, de iniciación, o como dicen los norteamericanos, de pérdida de la inocencia. El mundo que retrata es tan excitante como sólido, tan extraordinario como cercano, tan vertiginoso como sincero. Lo mismo podría decirse de la relación fundamental sobre la que pivota la historia; ídolo y acólito, o sobre las relaciones afectuosas y nada afectadas, que sobrevuelan y ligan a toda la narración.

Puede que todo lo que aquí sucede sea cierto, puede que no, pero es terriblemente verosímil y funciona como escritura y eso es lo que importa.

Que el personaje de la estrella sea real o ficticio (aunque a más de uno nos suene mucho) no cambia en esencia los méritos de Alfonso J. Ussía en esta conmovedora novela. Tanto en un caso como en otro, funcionaría igual de bien para alguien que conozca el tiempo y el territorio del que se habla, que para un lector de China o Perú.

Para un madrileño ya entrado en años, como este que suscribe, y no demasiado lejano ni ajeno a esos mundos, que todo suene tan rematadamente cierto solo añade una capa más de admiración y tristeza.

Ray Loriga

«El vatio se utiliza para cuantificar la tasa a la que se transfiere la energía. Sus múltiplos y submúltiplos son unidades aplicables a cualquier potencia, sea esta mecánica, eléctrica, magnética, acústica o de cualquier otra índole.»

Con Polo Targo, cualquier otra índole eran todas las potencias.

Creía que era una aventura y en realidad era la vida.

Joseph Conrad

La llamada

Todo comenzó con una llamada. Ni siquiera era consciente de que cambiaría mi vida por completo, aunque uno no es consciente de casi nada con veinte años. Yo por lo menos no lo era, y tampoco creo estar seguro de serlo ahora, casi veinte años después.

La llamada la hizo un personaje de esos de Madrid que quieren ser, pero no terminarán de ser nunca: cabeza fácil, un poco vago y que se pierden en el universo de la mediocridad porque son un poco de todo, pero nada en el fondo.

–Dime que tienes coche –me dijo al descolgar.

–No, pero si es urgente puedo conseguir uno.

–A ver, no te lo vas a creer, pero me ha llamado Juan Román y resulta que Polo Targo está en una gasolinera esperando que alguien le recoja.

–¿Y por qué no le recoges tú?

–Es que me viene fatal, ya sabes.

–Sí, sí, ya sé. Dime dónde que voy inmediatamente.

–Detrás de Mercamadrid, en una gasolinera de Repsol, me dice.

–Hasta ahora –contesté. Ya estaba de pie desde que dijo «Polo Targo», pero cuando me di cuenta de la realidad, los nervios inundaron mis siguientes movimientos.

Un segundo pasó a ser un minuto por la cantidad de cosas que se me cruzaron en ese primer momento. Polo era mi compositor favorito, pero además me tenía loco por esa aura maldita que siempre le acompañaba, como

de ángel caído en la tierra: inalcanzable, frágil, lejano. «Joder con la llamada», pensé. Estaba en casa de Pedro, buen amigo, mejor músico y genial productor. Tratábamos de dar forma, sin ninguna pretensión, a dos temas que había compuesto semanas antes. Tampoco me llevarían a ningún lado, pero Pedro, que había estudiado síntesis musical en la mejor escuela de música del mundo, en Berkeley, tenía esa humildad de los grandes de no despreciar dos o tres horas de trabajo, una china, unas birras frías y sin rayas, porque los dos estábamos tiosos y la coca siempre ha sido de ricos.

—No te lo vas a creer, macho.

—Polo Targo, ¿no? —preguntó.

—¿Tienes coche?

—No, pero... no sé, a estas horas es complicado.

—Entonces iré a por el de mi madre, aunque lo necesita temprano, a las seis y media de la mañana.

—¿Vuelves después?

—Espero que no.

Salí escopetado de su casa en la calle Augusto Figueroa en pleno Chueca. El barrio, que años atrás te obligaba a mirar atrás por si tenías a algún *yoncarra* siguiéndote, había cambiado mucho. Se había convertido en una zona segura, de alto poder adquisitivo, de escaparates que mudaban de oficios a artificios y tiendas que cambiaban de oferta vertiginosamente. Debía darme prisa, llegar hasta Chamberí, donde vivían mis padres, y llevarme el Citroën C3 sin que les pareciera muy rara la explicación, aunque antes de cruzar Barbieri tenía claro que lo mejor sería dejarle dos euros al garajista para que se tomara una caña y que no levantara la liebre por las horas. Eran las doce de la noche de un martes cualquiera de noviembre y comenzaba algo que sería después enorme, aunque aún no pudiese atisbarlo.

Caminé rápido, esquivando los goterones que por la lluvia se hacían más agresivos bajo algunos edificios sin

balcones. Grafitis malos, carteles de conciertos, mucho frío y, tratando de no calarme, crucé como un diablo Alonso Martínez y me encaminé hacia el destino mientras tarareaba algunos de los hitos musicales de Polo.

«Por fin, no puede ser verdad», me decía en mis cábalas. Tampoco comprendía muy bien cómo yo, que no era nadie, podía tener acceso a esta aventura tan cercana, casi mágica por tratarse de alguien de su talla.

Polo Targo me gustaba desde que había descubierto «La chica del tren», de Matapop. Cuando comencé a seguirle de verdad, en Clamores, en Galileo, en la Moby Dick, en todos los sitios pequeños a los que se acude a escuchar música en Madrid, me enganchó realmente. Para ser más exacto, llevaba años afinando la guitarra en sus tonalidades, no en mi sino en la, en re, en otros ambientes y sonidos que me había descubierto al fijarme bien dónde ponía los dedos de la mano izquierda cuando iba a verle actuar. Me había enseñado un mundo distinto al que estaba acostumbrado en cuanto a composición y letras, cómo cantar sin adornos ni chorradas: solo siendo natural. Ya en Almagro me sonó el teléfono:

–Sí, ¿diga?

–Andy, soy Juan Román, ¿qué tal? ¿Te acuerdas de mí?

–Hola Juan, claro.

–Me han dado tu número, perdona las horas...

–Sí, sí. Estoy de camino ya. Oye, no me vendría mal algún detalle.

–Nada, mira, sencillo. ¿Te falta mucho para llegar?

–Estoy saliendo de Madrid –contesté mientras comenzaba a trotar aguantando la respiración para que no se notara demasiado.

–Vale, cojonudo, mira: Polo está en la gasolinera de Repsol que hay delante de la entrada principal de Mercamadrid. Está esperándote fuera, junto a los depósitos.

–Vale, y ¿adónde le tengo que llevar?

–A su casa, a su casa. Él te explica. Oye, no sabes lo que te agradezco esto, macho. Es que a mí me coge en una cena de curro y su *pipa* le ha dejado tirado y, la verdad, estoy un poco hasta los cojones de su *road manager*, pero vamos, el caso es que te debo una y gordita.

–Qué va, Juan, no sabes lo que me apetece conocerle. Me encanta Polo, en serio, es mi favorito de largo.

–Nada, pues genial. Ya veremos cómo te devuelvo el favor.

Gracias a esa segunda llamada, el último tramo hasta el coche pasó volando y atravesé el clásico callejón de garaje abierto veinticuatro horas, con el mono azul del currante, olor a polvo y tubo de escape en el aire. Me gustaba. No hizo falta decir nada e incluso pude ahorrarme los dos pavos de propina porque estaba de guardia el garajista que conocía bien. Le vi coger las llaves del cajón mientras bajaba hacia la garita y solo tuve que alargarle la mano guiñándole un ojo para darle las gracias.

–Vaya horas para darse una vueltecita, ¿no?

–Esto no entiende de horarios, Rafa, no entiende.

–Si lo sabré yo... –contestó girando la cabeza de lado a lado con complicidad.

–Bueno, vuelvo en un rato. Gracias, Rafa.

Nada más cerrar la puerta y poner el contacto, sonó en la radio del coche una canción de los Red Hot Chilli Peppers. Tenía memorizada alguna emisora musical del coche e instintivamente arrancaba y ponía el canal cinco. Las otras cuatro opciones eran menos recomendables por la naturaleza de los gustos maternos. Recientemente se había celebrado el concierto de Sloane Castle, una oda para volverse loco de los cuatro californianos en los terrenos de un castillo de Escocia, una auténtica locura. Sonaba una *intro* de «Californication», que John Frusciante y Flea improvisaron antes del arreglo que anunciaba los primeros compases reconocibles del tema.

Cuando entré en el túnel de María de Molina, que me llevaba hasta la M-30, mis pensamientos rebotaban de un sitio a otro tratando de elegir la palabra adecuada y no quedar como un bicho raro con Polo. Pensé en hablarle de sus discos, pero tampoco quería quedar cual *groupie* molesta, a pesar de que lo era de los pies a la cabeza. Si le hablaba de libros seguro que le aburría, pero tampoco tenía muchos otros temas de conversación que no fueran pantanosos. Mejor me quedaría calladito, que seguro que era lo único que Polo me agradecería, aunque también sabía de sobra que no podría mantener la boca cerrada más de un kilómetro a su vera. Tenía esa detestable costumbre de tratar de encontrar una palmadita, una aprobación o de querer ponerme al nivel de mi interlocutor. Demasiado engreído para quien estaba yendo a recoger: joder, era Polo Targo.

Llegando a la M-40 reconozco que me encontraba muy perdido. Alguna vez había pasado por allí pero el campo de visión era bastante desconocido, a lo que se sumaba una lluvia cada vez más impertinente y molesta. Miraba por la ventana de mi puerta buscando los letreros que me ayudaran a llegar al mercado más grande de Europa. Decían que, a veces, los pescados y mariscos atrapados esa misma noche en las costas se despachaban antes allí que en los propios puertos. Estaba rodeado de enormes camiones frigoríficos que me impedían acertar con la ubicación, pero resultó sencillo cuando decidí seguirlos; y así, de pronto, me encontré de bruces con el luminoso naranja y amarillo de la *sopera*, dejando a mano derecha la entrada al enorme mercado.

Sin detener el coche, inspeccioné como una rapaz las inmediaciones y me sorprendió reconocer a Polo en varias personas. ¿Se debía a una jugada de mi cerebro? «¿Qué pasa aquí?», pensaba mientras buscaba dónde aparcar en la zona de la gasolinera destinada a inflar las ruedas y a los aspiradores de brazo suelto.

Detuve el coche y me bajé sin notar que el agua caía a chorros. «Dónde estarás, Polo; a ver si te veo», pensé de nuevo mientras reconocía de lado a lado el lugar. Los depósitos, me había dicho Juan. No le encontraba. De pronto topé con un tipo delgado, encorvado; estaba de espaldas, despachando con otro casi exacto a él junto a la barrera de salida de la gasolinera. Joder, era él, así que me dirigí hacia ellos acelerando el paso y comenzando a notar cómo se me levantaba la mano para saludarle, a pesar de que era imposible que me viera y mucho menos me conociera. A medida que me acercaba el aspecto de los dos hizo que ralentizara el paso, poco a poco, como disimulando un error. Sin embargo, el tipo era clavado a Polo. Conocía esa forma huidiza de estar, de posar mirando hacia el suelo. Se estaban calando de lluvia, qué hostil, pensé. A pesar de la oscuridad, la imagen de las dos formas bajo la enorme farola de luz amarilla me permitió darme cuenta de la cantidad de agua que arreciaba. Parecían balas que se encendían al pasar bajo el foco de aquel mástil de hierro. La pareja se giró cuando apenas estaba a tres metros de ellos y entonces sí tuve que parar en seco.

Bajo una capucha, uno de los dos parecía haberse escapado de una tumba recientemente. Tenía una nariz enorme y la mandíbula contorneaba su cara confiriéndole una forma angulosa y puntiaguda. Los ojos parecían estar mucho más dentro de su rostro, como si se los hubiese dejado dentro del agujero del que parecía recién salido. Se escapaba de su cabeza un enorme mechón de pelo que se asemejaba a una peluca: frondoso y largo, bajándole hasta el hombro. El otro resultó ser casi igual, pero la frente era prominente, igualando el perfil con su barbilla. Se parecían tanto a Polo que me clavé mirándolos fijamente tratando de entender aquel parecido asombroso. Por supuesto, identifiqué al instante que se trataba de dos heroinómanos de los que apenas tienen carne donde agarrar, escuálidos, huesudos, intimidatorios. Uno de ellos hi-

zo un gesto que me sobresaltó. Di un paso atrás, ostras, como recriminándome mi actitud y la extraña curiosidad de ir hacia ellos. Me quedé observándolos, tratando de entender por qué se parecían tanto a Polo. «Mierda, si son yonquis», y de inmediato me volví hacia la tienda de la gasolinera mientras escuchaba por detrás un «Oye, tú, ¿qué pasa? Vente para acá, anda, un momento, ven para acá». «Y una leche», pensé.

Con la que estaba cayendo, Polo debía de haberse refugiado en el interior. No tenía sentido. Se trataba de Polo Targo y lo lógico era que estuviera resguardado. Había otros dos personajes caminando por fuera de la gasolinera que cumplían con las mismas características de Polo, pero en seguida supuse que debía de haber una zona cercana donde se vendía caballo.

–Hola, buenas noches –saludé al dependiente.

–Buenas noches, ¿va a repostar? –me preguntó un anabolizado comercial que parecía salir de un gimnasio de boxeo.

–No, no. Estoy buscando a alguien.

–¿No será a Polo Targo?

–Sí, ¿le ha visto?, ¿dónde está? –contesté mientras las palpitaciones comenzaban a dejarme medio sordo, escuchándome bombear la sangre por el aumento de la presión.

–Le han venido a recoger. Estuvo ahí parado una hora esperando y nos pidió llamar a un amigo que le ha venido a buscar hace quince minutos.

Ni siquiera comprendí la dimensión de aquel «le han venido a recoger», porque se nubló de impotencia mi capacidad de entender sus palabras, como cuando tratas de tocar algo con la mano que cada vez se aleja un poco más, y más, y un poco más allá cuando ya casi lo agarras; no me lo podía creer.

–Haber venido antes, chaval. Estuvo ahí esperando un buen rato el hombre.

–A mí me acaban de avisar –le espeté sin salir de mi bloqueo. «Seguro que no eres tan simpático y detallista con la demás clientela que para aquí, melón», pensé sabiendo que nunca se lo diría así.

Saqué el teléfono del bolsillo, o más bien lo hizo mi desilusión. Todo se volvió lento, incluso patoso, para cuando busqué la última llamada recibida y poder informar a Juan Román de mi fracaso. Había estado tan cerca que no me podía creer la desazón que llenaba mi vuelta al coche. La lluvia ya me importaba menos y recordé a los dos de la puerta que habían desaparecido del mapa y sus intenciones de conversar conmigo bajo el agua. Miré el reloj en la pantalla del móvil, que marcaba las doce y cuarto de la noche, y llamé a Juan.

–¿Ya estás con él?

–Qué va, Juan, verás...

–Pero ¿qué ha pasado? –preguntó nervioso.

–Pues que no estaba aquí ya. Me ha dicho el dependiente de la gasolinera que le han venido a recoger. Le dejaron llamar desde el teléfono de la tienda.

–Joder... vaya, macho. Ya siento haberte hecho ir hasta allí para nada.

–No, no, si eso es lo de menos, en serio. Si hubiese llegado antes igual le hubiese podido recoger.

–Has ido a toda leche, no te preocupes. Te debo una, de todos modos. Vente a visitarme un día a EMI y vemos qué hacemos.

–Bueno, no te preocupes, Juan, ya hablamos. Un abrazo.

Estaba loco si pensaba que me pasaría por la EMI para recoger las migajas de esta derrota. «Hola, buenas, ¿está Juan Román? Soy el que casi llega a recoger a Polo Targo.» Ni por asomo.

Al meterme en el coche de nuevo tardé unos minutos en arrancarlo. Observé el horizonte de camiones articulados, enormes, blancos, largos, muchísimos, que entraban